

## EL ASUNTO DE LA INMORTALIDAD

Inmortalidad y eternidad son asuntos de la vida, aparentemente distintas ambas aunque tengan raíces propias de un tiempo prevaletido. El tópico de la eternidad o de la inmortalidad también puede ser -y de hecho lo es- parte del movimiento cuya prolongación es infinita cuando se trata de determinar un antes y un después. ¿Signo de una ausencia tan irrecuperable como necesaria? Por eso la pregunta capital: ¿Quién es el custodio del ser y de su finitud?

La obra *La inmortal* del grupo de Cuenca **Interartescénica**, dirigida por Javier Andrade Córdova e interpretada por la actriz Pilar Tordera, intenta resolver el conflicto entre inmortalidad y finitud que esta vez junta el cuerpo finito de la diva francesa Sarah Bernhardt, la atemporalidad y el cuerpo finito de la propia obra. ¿Cuál es la articulación que las sustenta? La subjetividad romántica, por un lado; y, el tormento del arte contemporáneo que también vuelve sobre la pregunta de su vastedad.

Sin embargo, no es un problema que le pueda incumbir solo al arte o al teatro cuando lo infinito o la inmortalidad adquieren, de alguna manera, una forma para **darse a ver**. Sarah, la diva y Pilar, la actriz trazan un camino con el que quieren reinventar una idea curiosa de la inmortalidad como si fuera real o tangible. Y los límites para ambas pretensiones parece ser la razón como una (falsa) demanda de verdad.

Los otros elementos dramáticos son la *incompletud* o el inacabamiento y la *falta* como culpa irresuelta. Sarah está en su cama sufriendo la postración después de la amputación de una pierna. Esa idea escénica equivale a tomar lo infinito como propio de la finitud y de la clausura. Los personajes que ella interpretó -incluyendo Floria Tosca, la diva que se suicida arrojándose del borde de un castillo, Fedra y Hamlet- son fantasmagorías que se han ido enquistando en la memoria de Sarah y que ahora se vuelven resonancias sin advenimiento.

Pilar, la actriz, es cauta con su interpretación. Se orienta hacia una teatralidad precaria, casi (o necesariamente) artesanal para dejar que el 'azar escénico' termine de ocurrir: la inmortalidad -la del arte y la de la vida- adviene cuando la ficción ha sido capaz de salirse de su finitud. Como espectros sustanciales, alrededor del camastro están situados varios maniqués, sin realidad y sin premisas. Mientras Sarah, con el rostro blanqueado, deambula extática y se sueña a sí misma muchas veces bajo la constante de una repetición que a veces inmoviliza.

*La inmortal* es un espectáculo de la repetición, de la insistencia y del extravío. Y nos queda clara la intención del director Javier Andrade, de superar cualquier **pathos romántico** que pudiera deslizarse en la puesta en escena. Porque en materia de teatralidad, basta con los recursos dramáticos existentes: el cuerpo, el espacio para *hacer visibles* los momentos de la agonía de la diva Sarah Bernhardt, los trazos o las huellas o la 'visibilidad de lo visible' como parte del **acto** que a su vez traza los límites de la teatralidad o de la ficción.

Por eso *La inmortal* deja de ser un testimonio, para ser un *eidós* -la forma, en suma- del acto artístico que otra vez acude a la representación o la interpretación evanescente, que podrá repetirse una y otra vez como 'forma' de perseverar que es lo que finalmente intentó Sarah, la diva y lo replica ahora Pilar, la actriz, cuando se quiere hablar o narrar sobre aquello que ya no está.

Santiago Rivadeneira Aguirre

